

necesaria para apreciarlos. Allí donde las pocas gentes bien preparadas han podido ver con claridad un camino, el señor Ministro ve «borrosos trazados de vías culturales». Quizá si el señor Ministro haya tenido tiempo para leerlos, pero estoy seguro de que no ha consagrado una hora a digerirlos y asimilarlos. Y esto sería indispensable si intenta hacer que se ponga mano en ellos. Quiere mejorar. ¿Cómo va a mejorar? La posición de Ministro da la autoridad gubernativa, pero no da la otra, la que viene de adentro. Mientras el Ministro no consagre los necesarios esfuerzos intelectuales a comprender el plan imbíbido en esos programas—podrá modificarlos—mejorarlos no.

La lógica que conoce el señor Ministro es la de los antiguos programas. Para él la Lógica es probablemente una forma estereotipada de expresión del conocimiento y no un proceso psicológico. Por eso no encuentra como puedan organizarse *lógicamente* las «naciones de cada materia de estudio» en torno de los tópicos.

Todo esto produce un extraño sentimiento de asombro y de confusión en mí. ¿Cómo es posible que un hombre de la experiencia educativa del señor Ministro esté aún en esas dificultades e incomprensiones? Vuelva, pues, a las asignaturas. Eso es claro y sencillo. Eso es encadenamiento lógico. *Sancta Simplicitas!*

Pero ¿dónde principia la cadena lógica? Allí donde se ofrezca un problema concreto de la vida allí se abre el primer eslabón de la cadena lógica, allí está el arranque de un vuelo de la imaginación, allí se levanta la antena por donde puede descender una intuición. Esos sectarios del racionalismo en la educación no tienen derecho a hablar de educación integral. ¡El hombre íntegro no es razón pura!

No! No. El estudiante no ha degenerado. Han degenerado los maestros y los profesores que no saben inspirar, por su honda y vasta preparación, por su amor a la ciencia y a las artes o la filosofía, por su interés personal en los alumnos, la devoción de éstos. Las nuevas generaciones, como yo las conozco allá, acá, acullá, son más brillantes, de más rápida comprensión, de mayor inteligencia de la vida que todas *nuestras* generaciones. Profesor que dicta año tras año un mismo cuaderno de nociones con unos mismos juicios y unos mismos datos, aunque recientes investigaciones hayan transformado todo eso, jamás podrá descubrir ni ayudar a formar sólidos talentos, de original inventiva. Si surgen, todo se lo deberán a sí mismos o a la educación del medio intelectual en que viven.

Allí donde un maestro de verdad levanta la cabeza, allí hay discípulos prontos a seguirle, a sacrificar sus horas de ocio por una hora en su compañía. Los maestros que no se renuevan a sí mismos, que no crecen ni florecen con los años, degeneran y rebajan las generaciones que les toca en suerte educar.

Es posible que no abunden los alumnos que no desean surgir como los primeros de su clase. ¿Pero hasta donde son de culpar las doctrinas igualitarias y democratizantes que absorben en ese medio tan propicio a la demagogia? Pero esto es largo de discutir. E inútil!

Se lamenta el señor Ministro de que se hayan tratado de adaptar a ese país las «conquistas pedagógicas» de otros países, sacrificando con ello la función de enseñar seriamente las materias indispensables en la vida práctica del hombre.

¿Esto último es «conquista pedagógica» nacional? *Sancta Simplicitas!*

¡Pero si ese, como muchos otros países, tendrá que continuar haciendo indiscretas adaptaciones, si desea hacer una vida civilizada, hasta el momento en que sus hombres de ge-

nio y sus riquezas le permitan implantar indiscretas invenciones originales! ¡Ha tenido que adaptar una lengua, una religión, un gobierno, un conjunto de instituciones sociales y gubernativas! Sin tales adaptaciones, los habitantes de ese país vivirían como los talamancas y los güetares de hace cuatrocientos años.

Indiscretamente han introducido el automóvil, sin tener caminos. ¿Pero cuál será la consecuencia? Que concluirán por tener calles y caminos para los automóviles, como acabarán por tener maestros capaces de dar vida a las nuevas conquistas educacionales.

Aprender jugando constituyó el subordinado principio que inspiró gran parte de las actividades de los jardines infantiles. El señor Ministro no ha sabido ver que el principio cardinal es *aprender haciendo*. Ese aprender haciendo constituye el fundamento de toda la educación industrial a través de las civilizaciones. En laboratorios y talleres tal es el principio dirigente. ¿Por qué no en la educación? Lea a la luz de este principio los programas vigentes en ese país y todo se le hará más claro. No verá allí una adaptación de una conquista educacional, verá un principio humano, actuando allá como actúa donde respiran los hombres.

El señor Ministro, encariñado con la pedagogía, y no con la ciencia de la educación, se rebela contra la sugestión, como poder educativo. ¡El quiere que los maestros enseñen! ¡Enseñar! Pero ¿qué maestro enseñó algo en su vida, si no fué haciendo o poniendo a hacer? Hablar es sugerir. Y mi palabra ante un conjunto de estudiantes, nada les enseñará, si no les hace pensar, si no les invita a ensayar, a realizar, a hacer.

El señor Ministro «quiere conservar todo lo que sea posible conservar para mejorarlo». Pero ¿cómo el señor Ministro va a mejorar? Va a retrotraer las cosas a donde estaban hace veinte años. ¡Y eso es todo! El discurso del señor Ministro dice bien a las claras que no sabrá mejorar. Dice más, que dejará toda la obra en manos de los maestros y de los jefes y «aun de la Secretaría». Pero ¿ha olvidado el señor Ministro que los maestros jamás llegan a un acuerdo? ¿Ha olvidado que tienen miedo de opinar de otra manera que los jefes? ¿Ha olvidado que «en conjunto, como conjunto», son incapaces de mejorar nada de lo existente? ¿Ha olvidado que los maestros piensan en el grado que tienen, y los directores en las escuelas que rigen y los inspectores en el circuito que visitan y que ninguno contempla los vastos horizontes de la totalidad? ¿Que ninguno se da el trabajo de mirar hacia adelante, a distancia de dos generaciones? ¿Que ninguno se plantea los problemas de educación nacional en vista de ese doble fin nacional e internacional, que constituye en Costa Rica, por la naturaleza de su posición geográfica, el verdadero objetivo de la educación patria? Lea el señor Ministro esos programas vigentes con un criterio de estadista—y no de maestro de escuela,—y comprenderá cómo las grandes líneas de esa obra no deben dejarse al arbitrio de maestros de escuela. Ponga un ejemplar de los programas rurales en manos del Presidente de la República. Su mirada de estadista reconocerá un ideal que juntos, él y su en otro tiempo Secretario de Instrucción Pública, acariciaron como provechoso para la nación entera.

Bien haya la Escuela Normal que desenvuelve en sus alumnos la confianza en sí mismos. Esa es la confianza de los hijos de la raza de descubridores, y conquistadores. De la juventud es la osadía. La presunción, en su rostro, no tiene arrugas. Hijos de la Escuela Normal, en alto el estandarte, ante la brisa o el huracán. Amadla con esa sagrada devoción de quien piensa que no hay nada mejor en la amplitud del mundo. Consagradle vuestros más altos pensamientos. Proponed ejecutar una buena obra, o una bella obra en su nombre